

STEFAN BOLLMANN

Goethe
y la
experiencia
de la
naturaleza



Ariel

Stefan Bollmann

Goethe y la experiencia
de la naturaleza

Traducción de Isabel Romero

Ariel

Título original: *Der Atem der Welt: Johann Wolfgang Goethe und die Erfahrung der Natur*

Primera edición: enero de 2023

© 2021, Stefan Bollmann
© 2021 Klett-Cotta-J.G. Cotta'sche Buchhandlung Nachfolger GmbH, Stuttgart
© 2022, María Isabel Romero Reche

Publicado por acuerdo con Michael Gaeb Literary Agency, Berlín.

El coste de esta traducción ha sido cubierto por una subvención concedida por el Goethe-Institut, al que agradecemos su apoyo.



Créditos de la ilustración de las guardas: © 2022. Photo Scala, Florencia/bpk, Bildagentur fuer Kunst, Kultur und Geschichte, Berlín.

Derechos exclusivos de edición en español:

© Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.
www.ariel.es
www.planetadelibro.com

ISBN: 978-84-344-3597-1
Depósito legal: B. 122-2023

Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.



Sumario

<i>Introducción</i>	15
-------------------------------	----

PRIMERA PARTE EXPERIENCIAS

UN NIÑO DE CIUDAD

1. Goethe por poco no viene al mundo	33
2. Se hace añicos un montón de vajilla y conocemos la ciudad de Fráncfort junto al pequeño Goethe	39
3. Las noticias de Lisboa sumen al pequeño Goethe en una agitación revolucionaria y al final erige un altar a la naturaleza	48

AÑOS DE APRENDIZAJE

4. Goethe cura sus penas de amor con un baño de bosque.	59
5. Goethe tiene experiencias de todo tipo, incluso algunas que hubiera preferido no tener	68
6. Goethe descubre el libro de la naturaleza y busca una clave interpretativa	79
7. Goethe observa una aurora boreal, sube a la torre de la catedral de Estrasburgo y visita una montaña ardiente.	89

8. Las bombas estallan con estruendo y Goethe se hace caminante	99
---	----

AÑOS ITINERANTES

9. El caminante busca morada	121
10. Goethe hace de la experiencia de un amor imposible un superventas.	135
11. Spinoza se convierte en un santo patrón y Goethe emprende un viaje de genio a Suiza.	149

LA EDAD DE PIEDRA

12. Lo improbable se hace realidad	173
13. Goethe camina bajo tierra, sube a las cumbres y descubre que la naturaleza tiene una historia . .	185
14. Un viaje de invierno	195
15. Goethe viaja con el duque Carlos Augusto a Suiza y empieza a reflexionar sobre una Edad de Hielo	204
16. Goethe planea la novela del universo	220

SEGUNDA PARTE INVESTIGACIONES

DESCUBRIMIENTOS

17. Un fragmento arroja grandes sombras	247
18. Centrarse en un hueso	262
19. De nuevo sobre Spinoza	278
20. Goethe mira en el microscopio, se encara con Linneo y recoge sus cosas	288

METAMORFOSIS

21. Goethe viaja a Italia y rodea el Vesubio	303
--	-----

22. Goethe busca la planta originaria y encuentra una rosa prolífera	324
23. Sobre la metamorfosis de las plantas	338
24. El color entra en la vida de Goethe	365

LA AVENTURA DE LAS IDEAS

25. Goethe por poco inventa el impresionismo	377
26. Una cornucopia se derrama	398
27. Goethe cede el plan de su novela del universo primero a Schelling y luego a Humboldt.	416

EL ALIENTO DEL MUNDO

28. Penetramos en el sanctasanctórum de los colores.	445
29. La Tierra adquiere una atmósfera	457
30. Se crea un ser humano	468
31. El caminante se despide	486

<i>Epílogo</i>	503
<i>Agradecimientos.</i>	507
<i>Notas</i>	509
<i>Índice onomástico.</i>	547

Goethe por poco no viene al mundo

El parto fue difícil. Las contracciones habían empezado tres días antes, después habían disminuido temporalmente para por fin golpear a la joven madre en oleadas de inesperada intensidad y acompañadas de fuertes dolores. Cuando el tercer día, por la mañana temprano, se inició finalmente la fase expulsiva, los gritos de la joven de dieciocho años recién cumplidos se oían por toda la casa. Le temblaban los brazos, las piernas y el bajo vientre; su mirada era fiera y centelleante; la respiración, jadeante y breve. Pero a continuación el proceso se interrumpió. En todo caso, el médico Johann Christian Senckenberg informa de «una larga asistencia» a Goethe durante el nacimiento, y de que este había venido al mundo «sin rotación».¹ Senckenberg no estuvo presente en el parto en sí, sin embargo, la abuela, que era su paciente, debió de contarle el complicado nacimiento de su nieto. Si el niño estaba en mala posición para nacer, las parteras de aquella época, con toda la delicadeza y la pericia que la maniobra precisaba, intentaban darle la vuelta en el útero. Tal vez en este caso fuese demasiado tarde para algo así, dado que la cabeza ya había avanzado demasiado. Sea como fuere, es muy posible que al final la comadrona hubiera extraído literalmente a Goethe del seno materno en vista del riesgo amenazante de que ambos, madre e hijo, pudieran morir en un parto estancado. A mediados del siglo XVIII no existían aún las ventosas, y una cesárea (efectuada sin narcóticos) era la última opción para separar a un niño no nacido de la parturienta moribunda. El uso de los fórceps —que acaba-

ban de inventarse— se reservaba para el llamado *accoucheur*, un asistente de parto masculino con formación médica, que sin embargo tampoco estuvo presente en el nacimiento de Goethe. Por último, este consiguió salir. Fue un 28 de agosto de 1749 «al mediodía con la campanada de las doce».²

El recién nacido era un niño, como reconocieron sin dificultad la partera, la abuela y las demás mujeres presentes: el deseado primogénito. Pero en aquellos momentos esto era algo secundario porque el niño no solo tenía una fuerte tumefacción en la cabecita y estaba amoratado, sino porque, completamente inmóvil, parecía estar muerto. No lloraba y no respiraba. Por entonces se hablaba de «muerte aparente» cuando no se apreciaban señales de vida, pero aún había esperanzas, y era bien sabido que era muy fácil confundir aquel estado con una muerte real. Por otra parte, también se sabía por experiencia que hasta en los partos con complicaciones podía haber salvación. Más de un recién nacido dado por muerto había empezado repentinamente a llorar y a respirar.

La partera y la abuela acomodaron al pequeño Goethe en una orza, un recipiente con forma de artesa que, en realidad, estaba pensado para el transporte y la conservación de carnes y embutidos, cuya ventaja era que en él el cuerpecito no podía encorvarse, lo que hubiera dificultado más el inicio de la respiración.³ La vasija se llenó hasta rebosar con vino tibio, el remedio más socorrido cuando un recién nacido no respiraba o tenía un edema facial. Al vino se le atribuía desde antiguo un efecto vivificante, y en la casa de los Goethe lo había en abundancia. En las espaciosas bodegas de las dos casas intercomunicadas del «Foso de los Ciervos», en Fráncfort, debía de haber almacenados unos doce mil litros de vino, en buena parte para su uso diario —el llamado «vino del jardín»—, y también viejas añadas excepcionales del Mosela. El vino era herencia del abuelo paterno, que desde su etapa en Francia era llamado Göthé, y, en Fráncfort, primero tuvo éxito como sastre de alta costura y después como gastrónomo; al parecer también fue comerciante de vinos.⁴ De cualquier modo, aquel aroma impregnaba la casa de los padres de Goethe, incluso la habitación

donde nació este, y ciertamente también se había escanciado vino durante el parto —para aliviar los dolores de la parturienta, para regular las contracciones y para serenar los ánimos de las mujeres auxiliaoras, así como los de los hombres que esperaban afuera.

Pero no fue el aroma del vino lo que hizo despertar a la vida al recién nacido, sino las resolutivas manos de la comadrona que trató de favorecer la respiración del niño Goethe —que flotaba como muerto en el cálido elixir de la vida— ejerciendo cierta presión sobre su esternón. Y he aquí que de repente se movió aquel a quien apenas unos instantes antes se creía muerto. «Consejera, ¡está vivo!»⁵ El grito de alborozo dirigido a la abuela resonó por toda la casa y fue difícil de olvidar. Para vivir, primero Goethe tuvo que ser revivido: ya nacer fue un renacer.

Según la propia descripción de Goethe en *Poesía y verdad* —la autobiografía que cubre desde sus años de juventud hasta su marcha a Weimar y que escribe siendo ya sexagenario—, la comadrona cargó con la culpa de su complicado nacimiento. Se alude a su «falta de pericia»; Bettina von Arnim, a quien la madre de Goethe relató en su vejez las circunstancias del nacimiento de su hijo, habla incluso de «vergonzoso maltrato». Esto hay que tomarlo con cautela, ya que se trata de un estereotipo: cuando en los partos ocurrían complicaciones —que no pocas veces terminaban con la muerte del niño, la de la madre o incluso la de ambos—, era costumbre hacer responsables de ello a las parteras. Que estas en general carecían de conocimientos y que por sus negligencias los niños se malograban, era algo que, ya a comienzos del siglo xvi, dio a conocer una de las primeras obras impresas sobre la asistencia en los partos.⁶ La comadrona Anna Dorothea Müller, fallecida nueve años después del nacimiento de Goethe, había ejercido su oficio, según su necrológica, durante más de cuarenta años y había traído al mundo a diez mil niños, de modo que tampoco podía ser tan inexperta como se nos ha vendido hasta hoy. Es mucho más probable que estuviera acostumbrada a encontrarse ante situaciones extremas que hubieran requerido medidas médicas para traer a las criaturas al mundo.

Tres años antes de que Goethe naciera, a causa de casos así, la ciudad de Fráncfort determinó contratar a un cirujano como asistente de parto; este además debía instruir a las comadronas. Pero como no terminaban de ponerse de acuerdo sobre su retribución, el asunto se postergó. Ahora, tras las complicaciones en el nacimiento del primer retoño de la hija del corregidor Johann Wolfgang Textor, el más alto funcionario de la Ciudad Imperial, este propósito se hizo realidad y se contrató al cirujano Georg Sigismund Schlicht como *accoucheur* de Fráncfort. Con su singular laconismo, Goethe señala que «para alguno de los que nacieron después pudo resultar ventajoso» que él mismo estuviera a punto de no venir al mundo.⁷

En la época de Goethe, los nacimientos difíciles con graves consecuencias para la madre y para el niño eran mucho más habituales que en la nuestra. Aunque no conocía el término, la gente de entonces tenía una idea bastante clara de lo que era el trauma del nacimiento y de las lesiones tanto físicas como anímicas que podían producirse durante este violento y tortuoso proceso. Difícilmente había una embarazada que no hubiera oído historias terroríficas de bebés encajados en las caderas de la madre, cuyas cabezas era preciso perforar o partir para finalizar el parto. Christoph Wilhelm Hufeland, una autoridad en medicina de la época que posteriormente fue médico personal de Goethe, entendía las complicaciones que se presentaban en el nacimiento como la consecuencia de una incisión muy grave, en la medida en que comporta la aparición de un ser autónomo que antes no existía:

La transición de la matriz al mundo aéreo y lumínico de una vida hasta entonces parasitaria a una autónoma es un paso tan significativo y extraordinario que debería sorprendernos aún más y debería llevarnos a admirar la sabiduría de la naturaleza de que sean muchos más los niños que lo recorren sin perjuicio alguno que los que enferman o incluso mueren.⁸

Por la madre de Goethe, Bettina no solo tuvo conocimiento de las circunstancias más cercanas del nacimiento de Goethe, sino también de que la criatura «ya con nueve semanas tenía

sueños pavorosos» y que la expresión de su cara llena de temor resultaba «singular». Cuando el bebé se despertaba «prorrumpía en un llanto muy afligido y con frecuencia gritaba con tal intensidad que se quedaba sin aire», algo que era una gran preocupación para los padres, a quienes se les había quedado grabada la imagen del recién nacido sin respiración. Velaban su sueño y en cuanto el pequeño se mostraba intranquilo hacían ruido con un sonajero y una campanilla para ahuyentar las pesadillas que, según sus suposiciones, lo acosaban. Una vez, cuando una tía suya lo alzó en brazos, ocurrió —en este caso sin duda sí que fue por torpeza— que se le cayó de bruces en toda la cara; como contó la madre, el pequeño Goethe estaba «tan fuera de sí que su padre tuvo que insuflarle aire para que no se asfixiara». Así, parece ser que la falta de aire se le repitió al pequeño Goethe y que necesitó la ayuda paterna para recuperar el aliento. Esto puede verse como el comportamiento exagerado de unos padres preocupados. Pero hoy como ayer el síndrome de la muerte súbita de los bebés sigue siendo un fenómeno misterioso y una fuente de temores para los progenitores. También en los niños pequeños, a menudo, la más mínima insignificancia puede ser el detonante de una rabieta y de los llamados «espasmos del llanto»: el niño empieza a gritar, la respiración se detiene y el niño se pone azul. Incluso puede producirse una pérdida de consciencia.

Por tanto, la vida del poeta más significativo de Alemania estuvo pendiente en sus inicios «de un soplo de aire»,⁹ como ya su madre constató con asombro. Poco faltó para que Goethe hubiera sido uno más entre los numerosos niños de su época que abandonaron este mundo sin dejar rastro por haber fallecido durante el parto o poco después de este. Cuatro de los cinco hermanos que nacieron después que él no sobrevivieron sino unos pocos meses o años; incluso su única hermana, Cornelia, quince meses más pequeña, murió con apenas veintiséis primaveras. La primera experiencia (aún del todo involuntaria) de Goethe con el medio natural no fue de seguridad o plenitud, sino de carencia, de deficiencia: de falta de aire. Goethe luchaba por algo tan necesario para vivir cuando nos sepa-

ran de la madre al cortar el cordón umbilical: el aire provisto de suficiente oxígeno; luego, jadeaba, más tarde a menudo nunca tendría suficiente aire. Así que en el suspiro desesperado de Marie von Beaumarchais: «¡Ah! ¡Aire! ¡Aire!»,¹⁰ sin duda es posible adivinar reminiscencias autobiográficas. No sería la primera vez que Goethe hubiera dotado a un personaje femenino —en este caso, a la amante de Clavijo (en la tragedia titulada así)— de sus propios rasgos.